

1

— ¡Prepucio hacia atrás!

Mientras el prisionero obedecía la orden, uno de los hombres uniformados, el más alto y de aspecto casi escuálido, le examinó minuciosamente el pene. Después, le instó a que se inclinara y le separó los glúteos para explorarle el ano. A continuación le obligaron a situarse de cara a la pared. Desde su posición el prisionero aún pudo percibir cómo otro de los hombres de uniforme procedía a registrar su ropa. También había un tercer uniformado, bastante obeso, al parecer más directamente encargado de su vigilancia. Además del uniforme los tres hombres coincidían en unas porras que llevaban al cinto y unas cartucheras. Al fin, el escuálido le tendió un fardo, compuesto principalmente por ropa: un chándal gris, algo de ropa interior, toallas, unas sábanas a rayas azules y grises, unas zapatillas, y, coronándolo todo, un vaso y un plato de latón. Entonces le ordenó que se vistiera. El prisionero se puso lentamente el chándal. La tela estaba muy gastada y los pantalones se le caían. Apareció un cuarto hombre, también uniformado, como los demás.

— ¡Vamos, en marcha! —le gritó el nuevo guardián al prisionero, señalándole con la mano la dirección en la que debía caminar.

Subieron unas escaleras, bajaron otras y llegaron a un pasillo con muchas puertas, pero sin una sola ventana. Se advertían muchas manchas en el suelo de cemento; en el techo había luces de neón, una de las cuales parpadeaba. En algunos lugares había líneas marcadas en el suelo. Le hicieron pararse y esperar.

— ¡Cara a la pared! ¡Manos a la espalda!

El vigilante miró alrededor al llegar a la esquina y accionó un interruptor. Las luces verdes de las paredes se apagaron y se encendieron unas lamparitas rojas. Caminaron otro trecho.

— ¡Alto!

Su guía le abrió una puerta. Al vislumbrar el interior de la estancia que le aguardaba, el prisionero se estremeció. Fue empujado hacia dentro y la puerta se cerró tras él.

La habitación era pequeña. Las paredes, forradas de cemento, no tenían ventanas para dejar pasar la claridad, sino sólo algunos escasos cristales de pavés. Sobre la puerta, una bombilla encastrada y protegida por un cristal. Apoyado en una de las paredes de la estrecha estancia había un catre de madera con un cabecero, asimismo de madera, algo más elevado. En otro lado de la habitación vio una pequeña mesa plegable, acompañada por una silla, y en una esquina, un retrete de porcelana.

Se sentó en el catre y fijó su mirada en las paredes que le rodeaban. Se extendía por ellas una fina línea horizontal, de aproximadamente dos dedos de grosor, de un indefinible color marrón. Las paredes se habían pintado de dos tonos, ocre, en la parte que quedaba por encima de la línea, de un blanco más bien sucio en la parte inferior.

El prisionero apoyó los codos en las rodillas y se cubrió la cara con las manos. Como si de un observador imparcial se tratase constató que sacudía la cabeza una y otra vez a modo de negación. Todo aquello era un error. Era imposible que ellos pudieran incriminarle. Sólo había estado paseando, nada más. No estaba prohibido dar un paseo. Tendrían que soltarle pronto.

Pasos. Cerrojos chasqueando, puertas chirriando, todos los sonidos amortiguados por el espesor de la gruesa puerta gris de su celda. En la mirilla apareció un ojo, volvió a desaparecer de inmediato. Un frío húmedo le subió al prisionero por las piernas.

2

Maldijo en voz baja. Había estado alerta, pero el cartel había aparecido tan por sorpresa tras dejar atrás el cruce que se pasó la salida. Se sintió como si fuera extraño en aquellas tierras, a pesar de que ese era el camino que había recorrido durante más de la mitad de su edad escolar, eso sí, sin llegar a pisar jamás el cementerio aquel junto al bosque.

Stachelmann giró a la derecha y entró en una calle con casitas unifamiliares a ambos lados. Giró dos veces más a la derecha y volvió a su camino original, la carretera a Reinbek. Buscando la salida perdida, giró de nuevo, esta vez a la izquierda, para encontrarse justo detrás de ella, en el mismo cruce de antes, aunque en sentido contrario.

Otra vez se la había pasado.

Hubiera sido más adecuado prescindir del último giro a la izquierda y haber continuado recto. Frustrado, golpeó el volante con la mano. Comenzó a sudar. Era el colofón perfecto a un accidentado viaje que le había tenido estancado durante más de una hora en un atasco en la autopista entre Reinfeld y Bad Oldesloe. Ahora llegaría tarde al entierro de su padre.

Divisó únicamente unos pocos vehículos cuando al fin alcanzó el aparcamiento del cementerio. Dejó su viejo Golf cerca de la enrejada puerta de entrada y ya desde el coche descubrió el blanco brillante de la capilla. Cruzó la enorme puerta, dejando a un lado una gigantesca torre de cemento de la que colgaba una campana. El viento helado le hizo estremecerse.

Dos columnas de gris acero enmarcaban la entrada a la capilla y a la vez servían de apoyo al tejado inclinado. Stachelmann abrió la puerta de madera y de inmediato vio al sacerdote en el púlpito. Había poco público, los asistentes al servicio religioso apenas cubrían las tres primeras filas de asientos. Un par de ellos volvieron entonces sus miradas hacia él y pudo percibir el reproche contenido en ellas. Reconoció a la mujer vestida de negro en una de las sillas de la primera fila, la que daba al pasillo, como su madre. Desde donde se hallaba le pareció muy

frágil y también extremadamente delgada. Mientras oía, aunque sin comprender, el sermón del sacerdote, acudió a sentarse al lado de su madre, en un asiento que aún permanecía desocupado. Ella continuó con la mirada fijamente clavada en el suelo. Cuando Stachelmann, tras cruzar las piernas, entrelazó sus manos sobre las rodillas, sintió deslizarse la mano de su madre sobre las suyas. Recibió un leve apretón. Al mirar al frente, en dirección al sacerdote, descubrió el ataúd, todo cubierto de coronas con sus respectivas cintas. “Agradecidos” indicaba la corona ofrecida por el club deportivo de la policía.

De repente todo quedó en silencio y el sacerdote abandonó el púlpito. Pudo oír cierta música de fondo, un movimiento de uno de los conciertos para violín de Vivaldi. Lo recordó como el favorito de su padre. Solía escuchar a menudo la grabación de Yehudi Menuhin y la orquesta de cámara polaca. A Stachelmann le parecía ver aún a su padre haciendo sonar ese disco por las noches y perdiéndose en la música, totalmente ensimismado. No permitía que nadie hablara mientras tanto con los ojos entrecerrados, sentía la música con todo su cuerpo.

Una vez finalizada la pieza el sacerdote se dirigió a la puerta. También su madre se levantó y Stachelmann, sin saber cómo actuar, la siguió. Aparecieron cuatro hombres vestidos de gris oscuro que sacaron el ataúd a hombros de la capilla. Mientras, en el exterior, los asistentes iban improvisando un cortejo fúnebre. Delante del ataúd, un muchacho caminaba portando una cruz, inmediatamente detrás del féretro se colocaron el sacerdote, la madre y el propio Stachelmann. Los demás asistentes al oficio comenzaron a caminar detrás de ellos, por un sendero de tierra, grava y arena, y enmarcado por tumbas y también parcelas que aún permanecían vírgenes bajo las copas inmensas de los árboles. Algunos rayos de sol aislados lograron atravesar las pesadas nubes; gotas de lluvia adornaban las lápidas. Stachelmann permanecía atento al dolor que, de seguro, le invadiría en breve. Comprobó que se hubiera abotonado bien el abrigo. Como había olvidado su bufanda, sentía un frío helador en el cuello.

El cortejo fúnebre se detuvo casi al borde del cementerio, muy cerca de una lápida de color blanco. La fosa que se abría a su lado estaba recién cavada, como atestiguaban las dos palas apoyadas en la cercana verja. Los hombres de gris dejaron descansar el féretro al lado de la fosa y el sacerdote comenzó a hablar de nuevo. Estuvo hablando acerca de cenizas y de tierra, aunque Stachelmann, que contemplaba con curiosidad la lápida blanca, le prestaba poca atención. La lápida le parecía

curiosa, casi con aspecto de menhir, estrechándose significativamente hasta casi acabar en punta. Pudo leer una inscripción en versalita:

Will, Adolf H.
n. 22. Abril 1954
m. 15. Noviembre 2001

¿Qué nombre ocultaría la “H.”? ¿Helmut, Heinz, quizá Hans? Sólo nueve años después de que finalizara la guerra aún hubo una pareja que quiso bautizar a su hijo con el nombre de Adolf. Y ahora hacía exactamente un año que ese hijo había muerto y su padre sería enterrado a su lado. Así, cada vez que visitara aquella tumba se encontraría también con Adolf H. Suponiendo que se decidiera a visitarla alguna vez.

El sacerdote seguía hablando, y mientras, Stachelmann recordaba la última conversación que había mantenido con su padre. De ello se cumplirían ahora dos años. Se habían peleado debido a la gran mentira de su padre, al engaño que había supuesto su vida. Stachelmann había descubierto que, hacia el final de la guerra, su padre había trabajado como policía auxiliar y había recibido el encargo de custodiar a los prisioneros que recogían bombas extraviadas. No se le olvidaba la amargura en los ojos de su padre mientras avanzaba en el relato. No volvieron a hablar nunca más después de aquello, por lo que ahora esperaba que le invadieran los remordimientos. Lo irreversible de la muerte impedía la reconciliación. Sin embargo, no experimentaba esos remordimientos todavía.

Su madre le tocó levemente el brazo y Stachelmann salió de su en-simismamiento levantando la vista. El sermón del sacerdote había finalizado y los hombres de gris estaban bajando el pesado ataúd de roble a la fosa con ayuda de unas cuerdas. Cuando éstos pararon, tanto él como su madre se aproximaron a la tumba. La madre cogió una pequeña pala y arrojó un poco de tierra sobre el féretro. Stachelmann se decidió a imitarla. Después ambos se quedaron parados delante de la fosa y esperaron.

Un anciano se acercó, arrojó asimismo tierra a la tumba, soltó a continuación la pala y se aproximó a la madre y el hijo. Le tendió la mano a ella, murmurando un tenue pésame, y también le ofreció su mano a Stachelmann, aunque su mirada era dura. Al anciano le siguió una pareja, ella cojeando, él apoyándose en un bastón. Ambos le dieron la

mano a la madre, pero le ignoraron a él. Mientras se le formaba una lágrima en los ojos, su madre le miró y se encogió de hombros, como a modo de disculpa. Los demás no olvidaron a Stachelmann a la hora de expresar sus condolencias, pero ninguno de ellos le miró con amabilidad.

—¿Quién es toda esa gente? —preguntó Stachelmann cuando el último de los asistentes al funeral se hubo alejado.

—Amigos de tu padre.

—¿Del club deportivo?

—También.

Hermann Holler, *Sturmbannführer* de las SS primero, agente inmobiliario después, también había pertenecido al club deportivo de la policía. Sus nietos y la esposa de su hijo Maximilian hubieron de sufrir las consecuencias de los crímenes que Holler había cometido durante la época nazi, siendo asesinados por esta causa varias décadas después. Stachelmann, que se había visto implicado en el caso por casualidad, había descubierto al asesino. Leopold Kohn, un judío cuya familia había sido asesinada por un Holler codicioso de aumentar sus propiedades, había logrado ejecutar su venganza y la prensa local se volvió loca: Un historiador había resuelto la serie de crímenes más significativa desde la guerra y dejado en mal lugar a la policía. La verdad es que llegaban a sorprender las hazañas que los medios de comunicación atribuyeron a Stachelmann, puesto que ni lo conocían personalmente, ni tampoco él concedió entrevistas. Poco después apareció una nueva noticia y la prensa se olvidó de él.

El padre de Stachelmann había estado relacionado con el viejo Holler, y por ello se explicaba el odio que sentían por el hijo los asistentes al funeral. Se había sacado a la luz el pasado y expuesto públicamente que la policía no sólo se había ocupado del tráfico en la época nazi, sino que sin ella ni el saqueo, ni las deportaciones, ni tampoco los asesinatos en masa hubieran sido posibles. Los viejos compañeros de su padre del club deportivo de la policía tenían motivos sobrados para odiarle.

—No es necesario que nos acompañes durante la comida —dijo la madre, mientras pasaban al lado del campanario de cemento.

Él asintió.

—Pero me gustaría que me visitaras pronto. Cuando pase todo esto.

Apretó la mano de su madre y vio cómo ésta se erguía, enderezando la espalda, como si quisiera liberarse de una pesada carga. Cuando se

separó de ella, se dirigió con pasos acelerados al coche y arrancó sin volver ni una sola vez la mirada atrás. Aún seguía aguardando que se le presentara algún tipo de remordimiento, pero no sentía absolutamente nada, ni siquiera echaba de menos a su padre, y sólo sentía tristeza cuando recordaba escenas muy lejanas de su pasado: cómo jugaban juntos en la infancia, cómo su padre acudía en su ayuda cuando surgían problemas en la escuela, los regalos recibidos por su cumpleaños y por Navidad. Stachelmann había sido un niño muy protegido, sería mucho más tarde cuando se produjo la separación, quizá demasiado tarde, lo cual se habría podido evitar si Stachelmann hubiera formulado cierta pregunta mucho antes. Recordó ahora de nuevo la última conversación que habían mantenido, y le parecía escuchar a su padre confesando y resignado a recibir incompreensión. En los últimos meses antes de finalizar la guerra le habían destinado a servir a su patria en un puesto conflictivo, pero él cumplió con su deber, como todos los alemanes hicieron en aquellos momentos. Nunca había detenido personalmente a ningún prisionero, ni decidido quién debía o no ir a buscar las bombas. Simplemente, se había encargado de vigilar a los prisioneros, y si alguno se escapaba, había que atraparlos de nuevo. Así era la guerra, y quien no la vive, no puede comprenderla.

Cuando volvió a la Universidad le aguardaban los trabajos de sus alumnos. Debería haber comenzado a corregirlos mucho antes, pero era una tarea que comúnmente le resultaba aburrida. Cuanto más lo demorase, sin embargo, más presionado se sentiría, siempre le ocurría así. Y de todos modos, debía quedarse hasta última hora de la tarde, pues estaba prevista una pequeña recepción en el despacho de Bohming para dar la bienvenida a un nuevo compañero procedente de Berlín. Podría aprovechar el tiempo hasta entonces para leer y evaluar al menos un par de trabajos. Se sentó ante su escritorio y se echó hacia atrás en la silla. Hacía tiempo que no pensaba en Holler, pero ahora retornaban los recuerdos. ¿Qué habría sido del hijo? Se le ocurrió que podría llamar a Ossi, su amigo durante la época de estudiante, ahora en el Departamento de Homicidios de Hamburgo. Seguro que su amigo estaría informado acerca de las últimas actividades de Maximilian Holler. Hacía algún tiempo que se había distanciado de Ossi, ya que habían discutido durante aquella investigación y no habían llegado a reconciliarse después. No lograba recordar el motivo de la disputa.

En aquella época realizó un esfuerzo por olvidar toda la historia, y hasta el momento del entierro de su padre creyó que lo había conse-

guido. Ahora, al recordar el caso Holler, también acudían a él los recuerdos de Anne. Anne, que le había decepcionado tan profundamente y que al parecer estaba a su vez resentida con él, aunque Stachelmann no acababa de saber por qué. Para protegerse, había aprendido a pensar en ella de forma neutra y con indiferencia. No le retiró el saludo, pero la evitaba en la medida de lo posible, desarrollando cierta habilidad en la tarea. Al principio, ella lo contemplaba con una tristeza no exenta de recriminaciones, aunque tal vez esta última percepción sólo era producto de su imaginación. Un par de veces estuvo a punto de sincerarse con ella, pero no sabía muy bien ni qué decir ni qué querría ella que él dijera. Y, de repente, un día Anne apareció embarazada de otro. Cuando se enteró, se emborrachó y no acudió a la Universidad al día siguiente.

Cogió uno de los trabajos, que se ocupaba del impuesto que se impuso en el Tercer Reich para aquellos que abandonaban el país. Este impuesto había servido originariamente para evitar pérdidas de divisas durante la crisis económica mundial y más tarde se convirtió en una de las armas más potentes de los nazis a la hora de saquear a los judíos. Leyó dos o tres páginas y apartó el trabajo. No es que fuera malo, pero le faltaba originalidad. Un resumen de la bibliografía consultada, demasiadas citas. Sabía que no era justo al pensar así, y que les exigía demasiado a sus estudiantes, responsabilizándolos en parte de la desidia que le empezaba a provocar su profesión.

Llamaron a la puerta, pensó en Anne y se enfadó consigo mismo. No era ella, sino Renate Breuer, la administrativa del Departamento de Historia.

—No se ha olvidado de la recepción, ¿verdad? —le preguntó.

Asintió, y ella cerró la puerta, después de haberle mirado de forma desagradable. Siguió estudiando el trabajo, hojeándolo, para, a continuación, apartarlo de nuevo. Entrelazó las manos en la nuca y se impulsó hacia atrás con las ruedas de su silla. Después se levantó, contemplando por la ventana el ajetreo en Von-Melle-Park. Naturalmente que no se había olvidado de la recepción. El profesor Wolf Griesbach tomaba posesión de su plaza, ese Don Perfecto, al que le faltaba poco para alcanzar el sueño de cualquier docente. De momento, parecía que se había conformado con una titularidad, desde luego era mejor que no tener plaza alguna. Conocía algunas de las publicaciones del nuevo, que en su línea de investigación también se centraba prioritariamente en el nacionalsocialismo. Se encontraba ya habilitado para una cátedra, y aunque hasta ahora no había conseguido obtener ninguna

plaza, lo tenía todo para convertirse, cuando llegara el momento, en el sucesor de Hasso Bohming, el Legendario, como le llamaban en el Departamento por el colorido detallismo con el que relataba sus disputas científicas. Éste último era presuntuoso, pero no un mal tipo. Parecía apreciar de verdad a Stachelmann, aunque, a pesar de ello, había ido en busca de Griesbach a Berlín. Stachelmann se propuso no odiar a Griesbach, quien al parecer era trabajador, humilde, y muy capaz. Al menos, había conseguido todo aquello que él mismo ambicionaba desde hacía tiempo. Recordó un artículo de Griesbach en la revista trimestral de Historia que había logrado impresionarle. Aún sentía cierto resquemor por ello, envidia, que intentaba eliminar sin conseguirlo del todo. Se acusó a sí mismo de haber ocasionado con su propio fracaso aquella envidia. ¿Por qué para los demás siempre parecía todo más fácil? Simplemente porque tú mismo te empeñas en complicarte las cosas. Entonces recordó de nuevo el entierro. ¿Qué clase de hombre eres? Acabas de enterrar a tu padre, y aquí estás, pensando egoístamente en ti mismo. Aún seguía sin experimentar pena alguna. Quizá porque en el fondo ya había enterrado a su padre dos años atrás.

Se acercó al despacho de Bohming, y descubrió que todos los demás ya estaban allí. Ostermann, que era temporalmente el profesor ayudante favorito de Bohming, hacía de camarero. Fingía una mirada de sumisión y se inclinaba constantemente. Con una elegancia ejemplar hacía juegos malabares con una bandeja llena de copas de champán y zumo de naranja. Sobre la mesa que habían situado junto a la pared había canapés con diversas carnes y pescados; al parecer el nuevo iba de generoso. Stachelmann vio a un hombre desconocido de espaldas, probablemente se trataría del mismo Griesbach. Estaba charlando con Bohming, que le escuchaba atentamente. Al lado de Griesbach, una mujer esbelta, de pelo castaño, falda corta y piernas largas. Parecía seguir la conversación entre Griesbach y el Legendario. No la reconoció. En una de las esquinas descubrió a Anne charlando con el bello Kugler, el infiltrado de Ciencias Políticas. Kugler siempre andaba a la caza y captura de mujeres, todo el mundo bromeaba con ello, pero a él no le importaba lo más mínimo y se seguía dedicando a su objetivo con éxito sorprendente. Stachelmann se sintió irritado al ver a Anne hablando con Kugler. Miró hacia otro lado, aunque no logró volver la cabeza lo suficientemente rápido como para no cruzar su mirada con la de Anne y advertir su voluminoso vientre. Durante mucho tiempo se había martirizado imaginando quién podría ser el padre de aquel niño, pero no

había contado con valor suficiente para preguntarle a nadie. Anne le había confesado en una ocasión a Renate Breuer que estaba embarazada y la administrativa había corrido a difundir el cotilleo. Si se quería dar a conocer alguna noticia sólo había que contarle lo que fuera a Renate Breuer.

De repente tuvo delante a Ostermann y su bandeja.

—El señor Historiador no querrá arriesgarse a fallecer debido a la ausencia de líquido en un día tan caluroso como éste —le apuntó Ostermann. Stachelmann tomó un zumo de naranja y permaneció indeciso sobre dónde situarse hasta que advirtió que Bohming le estaba haciendo señas.

—¡Josef, acércate! —le llamó.

Se acercó al pequeño grupo y entonces Bohming lo presentó de modo un tanto artificioso.

—Aquí Josef Maria Stachelmann, que no sólo es un excelente compañero, sino también un gran detective.

Stachelmann rehusó con la mano.

—Sí, ya había oído hablar de ello —dijo Griesbach. Su voz era muy agradable. Y además era atractivo. Ambas cosas le molestaron y se sintió irritado por esa incomodidad suya.

—Mera casualidad —dijo Stachelmann—. Además, es agua pasada, ya han transcurrido más de dos años de aquello.

—Mi mujer, Ines —presentó Griesbach a la mujer a su lado—. Ella también es del gremio, aunque no tiene plaza, o quizá sea mejor decir contrato, al menos, en los tiempos que corren.

Ines le regaló una mirada sonriente de sus ojos castaños. Su apretón de manos fue firme. Stachelmann inclinó la cabeza a modo de saludo sin poder evitar que su mirada se detuviera más de lo debido en la blusa de la mujer. No llevaba sujetador y los pezones se le marcaban con claridad a través de la fina tela. Stachelmann advirtió que su mirada había resultado demasiado obvia y enrojeció al levantar la vista. Ella, sin embargo, seguía sonriéndole, casi con complicidad.

—Yo también he oído hablar mucho de usted. Parece que es usted algo así como una máquina productora de modestia y humildad —siguió sonriendo ella, echando la cabeza levemente hacia atrás.

—Bueno, aunque en una ocasión me metí donde nadie me llamaba, nada tengo que ver con la técnica. Y, en realidad, ni siquiera me metí, sino que me metieron.

Advirtió que Horst Lehmann acababa de entrar en el despacho y aprovechó para despedirse.

—Discúlpeme, por favor, pero acabo de ver al señor Lehmann y me urge hablar con él.

—Queda disculpado, pero sólo si promete volver —le susurró ella.

Se sintió emocionado. Mientras se alejaba, notó cómo le seguía la mirada de Wolf Griesbach, que a Stachelmann le pareció inquisitiva. Cruzó unas palabras con Lehmann y después se dirigió al baño. Se miró en el espejo. Se vio mayor, a pesar de sus cuarenta y tres años, y poco atractivo, casi feo. Entradas en el pelo que destacaban el brillo de su frente, y además el escaso cabello que le quedaba había encanecido antes de tiempo. Un vientre prominente hacía que su camisa se tensara por encima del cinturón. ¿Cómo podría gustarle jamás a alguna mujer? Se lavó las manos y se marchó a su despacho. Vaya día. A mediodía, enterrando a su padre, por la tarde, perdiendo el tiempo, y por la noche sintiéndose impresionado por una imagen femenina que sabía que tardaría en olvidar.

Volvió a sentarse ante su escritorio y en ese mismo instante le asaltó el dolor, reptando hacia arriba desde sus piernas. Stachelmann enderezó la espalda y buscó un analgésico en sus bolsillos. En el de la chaqueta encontró Diclofenac y se tragó un comprimido, directamente, sin líquido alguno. En ese instante llamaron a la puerta, y ésta se abrió antes de que hubiera dado permiso para entrar. Se asomó Griesbach.

—¿Muy ocupado?

Stachelmann asintió, incapaz de hablar en aquel momento. Era consciente de haber salido huyendo de la recepción y aquello le resultaba embarazoso. Griesbach permaneció inmóvil en la puerta.

—He pensado que quizá puede revelarme sus secretos.

—¿Mis secretos?

—Sí, esas cosas que los nuevos ignoran y que hay que saber. Para no meter la pata continuamente, ¿sabe usted? Porque es una de mis especialidades.

Stachelmann no pudo evitar la sonrisa.

—Pues entonces sepa que tiene en mí a su más encarnizado rival. No hay lugar alguno en toda la Torre de los Filósofos en la que no encuentre huellas de mis propias meteduras de pata. ¿Por qué no entra?

Stachelmann le señaló la silla ante su escritorio para invitarle a sentarse.

—¿Cómo va su trabajo para la habilitación? —preguntó Griesbach.

Stachelmann se revolvió en la silla, huyendo del dolor.

—Pues ni yo mismo lo sé.

Había logrado acabar con la montaña de la vergüenza, aquel montón de bibliografía que parecía no cesar de crecer sólo para alejarle definitivamente de la investigación. Cuando durante el caso Holler estuvo buscando documentos que implicaran a este último había logrado, junto a Anne, revisar todos aquellos informes nazis. En el tiempo transcurrido desde entonces había acabado su trabajo de habilitación, que se centraba en la historia del campo de concentración de Buchenwald. El documento estaba archivado en el disco duro de su ordenador, pero se sentía aterrorizado de sólo pensar en revisar lo que había escrito. Su ideal de en qué debía convertirse ese trabajo no coincidía con el resultado final. No era capaz de evaluar si su decepción se debía a que el trabajo no era lo suficientemente bueno, o a que sus parámetros de calidad resultaban demasiado elevados. Lo que sí sabía era que, para bien o para mal, el trabajo estaba hecho y se sentía incapaz de volver a repetirlo. La simple idea de iniciar un trabajo alternativo le paralizaba, era imposible, de modo que no le quedaba más remedio que corregir su primera y única versión incluso bajo la amenaza de la insatisfacción perenne. Era muy consciente de que por lo general no se sentía satisfecho ni consigo mismo, ni con lo que escribía, y difícilmente en esta ocasión sería diferente. Sin embargo, este pensamiento no le ayudaba. Y todas aquellas rarezas suyas no interesarían a su compañero.

—Bohming le admira mucho —dijo Griesbach en ese momento—. Muchísimo.

Stachelmann había pasado a imaginarse a Griesbach desabotonando la blusa a su mujer.

—Bueno —contestó, incómodo—, le gusta exagerar.

A diferencia de Stachelmann, Griesbach contaba con una impresionante mata de pelo negro, era atlético, y llevaba unas modernas gafas ligeramente oscuras. Era evidente que practicaba deporte, tanto su aspecto físico como su modo de moverse lo demostraban. Stachelmann se sintió más que nunca patito feo.

Griesbach sonrió.

—Ah, está recordando usted sus hazañas en las batallas científicas. Stachelmann no pudo evitar reírse a su vez.

—Parece que su especialidad es la historia militar del Departamento.

—Claro, pero sólo me interesan las disputas entre compañeros. Y compañeras, claro.

—¿Pensando en su esposa? —se le escapó a Stachelmann.

Griesbach rio abiertamente.

—En estos momentos no pelea. Ha estado pasando de un contrato temporal a otro, primero en la Universidad Libre de Berlín, después en la Humboldt, pero no consiguió nunca una plaza, ni siquiera un contrato indefinido. Y eso que su especialidad es la SED, el Partido único de la RDA, que a simple vista pudiera parecer de gran interés en los círculos científicos. Sin embargo, Berlín se encuentra en la ruina, y, por desgracia, no hay dinero para nada.

—Así que está en paro. ¿Tienen hijos?

Griesbach sacudió la cabeza.

—No, los críos y el ocio no son compatibles entre sí. —Sonrió—. Nos encanta viajar y practicamos mucho deporte. Pero bueno, todo esto no es ni la mitad de interesante que sus propias vivencias. Bohming me ha contado algunas cosas, aunque, naturalmente, no sé si son todas ciertas. Me gustaría invitarle a mi casa, seguro que a mi mujer también le apetece mucho. Y así nos da usted su versión de esa historia del caso Holler.

Stachelmann recordó cómo Anne y él habían revisado los papeles en su despacho.

—Son cosas del pasado y esperaba haberlas dejado atrás.

Griesbach se turbó.

—Lamento si le he parecido impertinente.

Se levantó de la silla

—Insisto en lo de la invitación, ya acordaremos el día. Si no le apetece contarnos sus aventuras, seguro que encontraremos otros temas de conversación.

Se despidió con un gesto de la mano y abandonó el despacho.

Stachelmann siguió mirando fijamente la puerta, ahora cerrada. Todo lo que había hecho y dicho aquel día se le antojaba absurdo. Recordó a los ancianos del entierro y su odio. Vivían la misma mentira que su padre e insistían en que no eran culpables, en que sólo habían obedecido órdenes, lo cual constituía su obligación. ¿Qué hubiera sucedido si su padre se hubiese confiado antes a él, y por iniciativa propia? Quizá lo único que hubiese ocurrido es que su relación paterno-filial cesara varios años antes. Habían vivido verdades diferentes, incompatibles entre sí, y sin embargo irrefutables cada una a su manera. Stachelmann y su padre no coincidían en su percepción de los hechos históricos. Aunque discutieron ampliamente el asunto, no les había llevado a ninguna parte, su padre no le comprendía al igual que él tampoco com-

prendía a su padre. Sintió un leve atisbo de pesar. ¿Por qué había insistido en hacer hablar a su padre? Podría haberse ido a la tumba con su mentira y a nadie le hubiera importado. Además, comparado con los criminales nazis su padre no había sido más que una ruedecilla insignificante en la gran maquinaria de la muerte. ¿Y si había sido injusto con su padre? Ya no podría compensárselo. Cada vez que había pensado en él en los últimos años le había invadido la ira por la obstinación del viejo.

Comenzó a recordar entonces aquellos paseos que había dado con su padre en el bosque de Sajonia, mientras le preguntaba sin cesar todo tipo de cosas. ¿Cuánto puede medir la luna? ¿Por qué se cansa uno más cuando corre que cuando camina aunque recorra el mismo trecho? ¿Por qué el cielo es azul y no rojo? Y recordó las historias de su padre sobre el anciano de Friedrichsruh en el bosque de Sajonia al que el emperador Guillermo II había expulsado, provocando con ello el hundimiento de Alemania. El viejo Bismarck era el héroe absoluto de su padre, y por cómo hablaba de él, se lo había imaginado cuando era niño como a un gigante, capaz de materializarse delante de ellos en cualquier momento. En aquel bosque el padre había plantado la semilla del interés histórico del hijo, aunque inicialmente sólo se centró en la lectura de las biografías de grandes personalidades, como Bismarck, o Schlieffen, Moltke el viejo, o Hindenburg. Pasaría algún tiempo antes de que Stachelmann abandonara aquel mundo poblado de héroes, aunque, en el fondo, nunca lo había abandonado del todo en sus sueños más íntimos.

Quizá sólo la muerte de su padre le había hecho comprender que era éste quien le había puesto en el camino que ahora transitaba, aunque sin querer, en ningún momento, obligarle a ello. Cuando Stachelmann comenzó el instituto le reveló a su padre que querría dedicarse profesionalmente a la Historia y recordó cómo éste había apartado un momento el periódico que había estado leyendo, sonriente, con idéntica complacencia con la que había escuchado todas sus anteriores inclinaciones profesionales. Mientras aquellas imágenes cobraban vida en su mente, por primera vez desde el entierro de su padre, Stachelmann sintió un nudo en la garganta.

Cada vez que oía cómo se acercaban los pasos contenía el aliento e intentaba estar preparado. Pero los pasos se alejaban siempre sin que nadie jamás abriera la puerta o la pequeña trampilla que había en ella,

era como si se hubieran olvidado de él por completo. De vez en cuando parecía abrirse alguna puerta cercana, siempre sin advertencia previa, y siempre sin que hubiera oído a nadie acercarse. Ya era incapaz de distinguir cuánto tiempo había pasado desde que le encerraran en aquella cueva de cemento.

En algún momento se durmió, y entonces percibió un fuerte golpe en la puerta.

—¡Levántese!

Uno de los guardianes estaba golpeando la puerta desde fuera, al parecer con un manajo de llaves. El prisionero se sentó y contempló la pared, sin ser capaz de fijar la mirada, todo estaba borroso. Intentaba seguir la línea que separaba el ocre y el blanco sucio. Seguía sin entender lo que le estaba ocurriendo. El día anterior, por la mañana, le habían sacado de la cama llamando insistentemente a la puerta; eran dos. Registraron su casa, metieron los papeles de su escritorio en una caja. Cuando preguntó, le dijeron que guardara silencio hasta que le indicaran lo contrario. Cuando hubieron revuelto todo, le habló uno de los hombres.

—Nos llevamos todo esto como prueba —le dijo.

Después le ordenaron vestirse y le pusieron unas esposas. Al bajar a la calle se encontró con una de sus vecinas, que siempre le había saludado amablemente, pero que en esta ocasión volvió la cara. Lo llevaron a un coche donde esperaba otro hombre al volante.

—Pero, ¿qué ocurre? —preguntó el prisionero cuando el coche arrancó.

—¡Lo sabe usted perfectamente! —le replicó el hombre a su lado—. ¡Cállese!

Le obligaron a inclinarse hacia delante y le cubrieron con una manta. Después de un rato el coche se detuvo y le volvieron a quitar la manta.

—¡Abajo!

Le registraron de nuevo, le ofrecieron ropa, vaso y plato y le encerraron en la celda de cemento.

Perdió el sentido del tiempo, siempre le mantenían la luz encendida. Tampoco encontró ninguna rutina orientativa en los pasos que oía en el pasillo. Sintió hambre. Se levantó y golpeó la puerta, pero no se movió nada. Insistió. Nada. Oyó unos pasos, golpeó de nuevo. Los pasos se alejaron.